

La vivienda

Mauricio Muñoz Soria

La puerta negra de metal se abre lentamente y el rechinido que provoca se escucha en toda la vecindad. El sonido hace vacilar sus pasos, sin embargo, continúa internándose lentamente en la oscura vivienda. Al ingresar, es el olor a podrido lo que lo hace detener sus pasos. Poco a poco sus pupilas dilatadas se acostumbran a la penumbra y descubre, en el centro de la habitación, una mesa de madera con restos de comida, papeles, vasos desechables y botellas de cerveza vacías. Se interna con dificultad a través de lo que parece ser una sala-comedor con el piso de cemento pegajoso, intentando no tropezar con los montones de basura regados por doquier, o con las sillas tiradas cerca de la mesa. Al final de esta habitación, recargado en la pared, se encuentra un sillón con un tapiz rojo cuadriculado, dos cojines con el mismo diseño y un sarape viejo y apestoso cuyo olor se pierde en el nauseabundo aroma que predomina en todo el lugar. Sobre la pared sólo se encuentra un hueco rectangular sin marco, ni mucho menos vidrios, que pretendía ser una ventana. Atraviesa el umbral de la habitación para encontrar dos camas vacías y un desorden de trapos, basura y comida inservible.

Mientras hace una rápida revisión de los objetos que encuentra a su paso, un sobre en el suelo llama su atención, lo recoge y descubre una

carta en su interior, la cual lee con curiosidad:

Hola Rodrigo:

Sabía que tú no me fallarías. No sé si aún me encuentres aquí cuando leas esta carta, la cual escribo con las últimas fuerzas que me quedan y lo hago porque ahora me doy cuenta que eres la única amistad que realmente valía la pena conservar y no lo hice.

Aún recuerdo cuando éramos niños y nadie se me acercaba por mi timidez. Tú fuiste mi único amigo, incluso en mi hogar. Mi padre siempre llegaba borracho a desquitarse todas sus frustraciones con mi madre y ella, a su vez, descargaba sus malestares con sus hijos. Muchas veces me castigaba injustamente por acciones que yo no cometía o sólo por tener en quien ahogar sus penas y, desde entonces, aprendí que mi vida sería así. Creo que existimos seres que nacemos para cargar con todas las culpas

de la humanidad y desde pequeño así lo entendí. Aún puedo cerrar los ojos y recordar mi adolescencia, sentado en la ventana trasera de la casa observando los charcos que se formaban en el traspatio durante las tormentas de verano, e imaginando que la lluvia me mantendría alejado de todos mis problemas y era esa lluvia con quien podía compartir mis sueños y esperanzas.

Ya en la secundaria el destino se encargó de separarnos y mi timidez se agravó notablemente, cada vez era más común el evadirme de la realidad, esconderme en mi mundo imaginario completamente sólo, con muy pocos acercamientos de mis compañeros. Especialmente de



Ilustración: Alejandra Santana Castro

mis compañeras y, como es costumbre, recibiendo los regaños que los maestros no podían dar a los alumnos conflictivos y que recaían en mí sin tener elementos para defender mi actitud. Creo que mi imagen era de un ser desvalido en el cual se podía descargar todo el odio y rencor acumulado sin peligro a una reacción. En fin, al menos en esos momentos no era ignorado por la masa humana con quien compartía mi vida.

Durante el bachillerato las cosas no cambiaron en absoluto. Aunque ahora un elemento más me servía de consuelo durante mis viajes imaginarios, con la llegada de la adolescencia empecé también a reconocer los encantos del sexo y el conocimiento, mal enfocado, de mi cuerpo. Durante esta etapa la masturbación frenética se hizo presente. Con ella, apoyada por la imaginación, entablaba relaciones fugaces con las compañeras y maestras a las que no me atrevía a tratar durante las horas de escuela. Incluso se convirtió, más allá de una forma de placer, en una herramienta

para alejarme de la realidad y para sentirme seguro dentro de mí mismo. Cuando vislumbraba algún problema la manera de evadirlo era a través de la masturbación, además del placer repentino el pensar en eso me hacía olvidar mis problemas cotidianos. Paradójicamente esta actividad me convirtió en un ser cada vez más huraño y solitario.

A pesar de todo esto logré emigrar a otra ciudad para continuar con mis estudios, lo cual me ayudó a sentirme mejor conmigo mismo y un poco más seguro. Además durante ese lapso tuve un esporádico reencuentro con mi hermano menor con quien no me llevaba muy bien y en ese momento, a pesar de la distancia, renació una amistad guardada. Amistad que, desgraciadamente, se interrumpió nuevamente por su boda repentina.

Esto fue un nuevo golpe para mí y en esta ocasión comencé a alimentar mi soledad a través del alcohol y, posteriormente, las drogas. Malas amistades, fiestas y bares de mala muerte se

convirtieron en mi contexto vital donde, siguiendo la constante de mi vida, era víctima de abusos, maltratos, regaños y vejaciones a los cuales ya me he acostumbrado. Ahí conocí a la única mujer de mi vida y a quien, a pesar de la herencia que me deja, aún recuerdo con cariño o al menos creo que eso es lo más cercano al cariño que ha sentido mi alma.

Ahora estoy aquí, sufriendo esta terrible enfermedad que me llevará a la tumba y sin apoyo alguno. Vivo en la miseria en esta inmunda pocilga y la única persona que llegó a mi mente fuiste tú. Has sido el único que me buscaba y ha intentado reactivar nuestra amistad aunque yo, cegado por el rencor de lo que ha sido mi vida, me negué y siempre me oculté, no sé si por temor o por vergüenza.

Por eso te busco ahora, sé que tal vez un poco tarde, pero estoy seguro que vendrás a verme. Tal vez ya no me encuentres con vida, pero, de ser así, muero con la esperanza y satisfacción de que alguien piensa en mí y tiene un buen recuerdo de mi persona.

Nuevamente agradezco tu visita y confío que encontrarás la manera adecuada de informar a mi familia sobre mi muerte. Sin causarles más dolor por los detalles de cómo sucedió.

Gracias Rodrigo.
Atte. Diego

Terminando de leer la misiva arruga con ambas manos el papel, recoge rápidamente las pocas pertenencias que considera de valor y se dirige nuevamente a la salida. La intriga lo hace volver sus pasos hasta la habitación, desarruga la pequeña hoja amarillenta para leer nuevamente el final.

¿Quién será el tal Rodrigo? Se pregunta antes de abandonar definitivamente la vivienda y perderse en la oscuridad que cubre nuevamente la ciudad y la infinidad de historias que se traslapan en ella durante la noche...

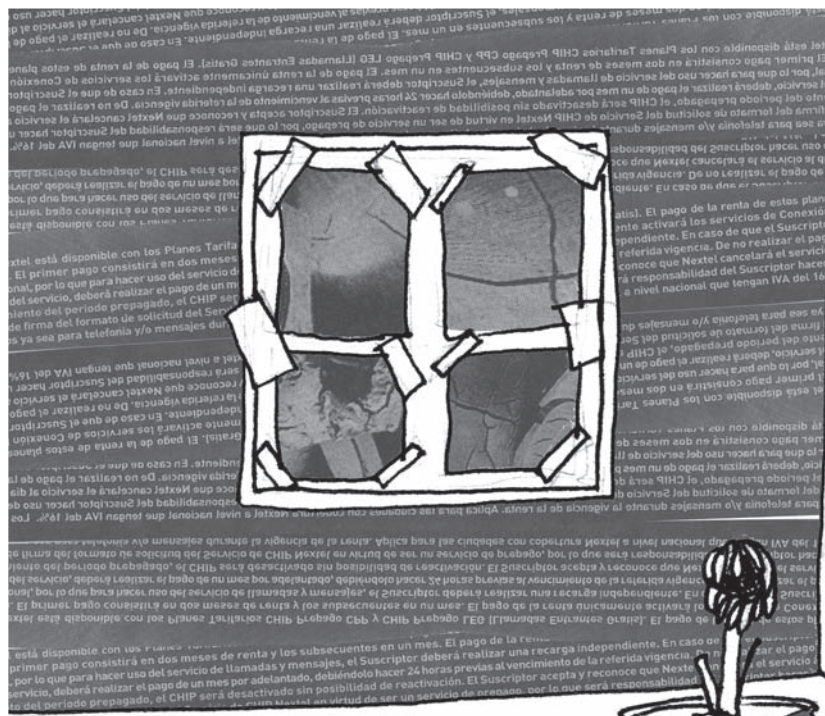


Ilustración: Alejandra Santana Castro